

no obstante, la lista en que estaban anotados los tres jesuitas con los seis religiosos de San Francisco, y como á pesar de que los gobernadores que les eran muy favorables no osaron hacer ninguna variacion en ella, quedaron todos nueve sujetos á la proscripcion. Es verdad que no se les custodiaba con mucho rigor, y que, mediante la libertad que se les dejaba para atender á sus negocios, podian desaparecer fácilmente. Mas si los simples fieles se manifestaban tan deseosos de padecer el martirio sus padres y maestros no le miraban como una suerte digna de evitarse.

En vista de la última relacion hecha al Emperador el dia 30 de Diciembre de 1596, ordenó que puestos los presos en unas carretas los paseasen con ignominia por las ciudades de Meaco, Ozaca y Sacai; que les cortasen las narices y las orejas, y que despues los crucificasen en Nangazaqui. Decia la sentencia en términos espresos, que se les condenaba porque habian ido desde Filipinas al Japón, porque habian permanecido mucho tiempo en este imperio sin permiso del Emperador, y porque habian predicado la ley de los cristianos, contraviniendo á su prohibicion. Ascendia á veinticuatro el número total de los presos, esto es, tres jesuitas japosnes, el uno de ellos sacerdote, llamado Pablo Miki, y dos novicios, que eran Juan de Soan, llamado por lo comun Juan de Gotto, con alusion al país donde habia nacido, y Santiago Kisai; seis religiosos franciscanos, á saber, Pedro Bautista, superior de todos ellos, Martin de

Aguirre ó de la Ascension, y Francisco Blanco, sacerdotes, con tres legos, llamados Felipe de las Casas ó de Jesus, Francisco de Parrilha ó de San Miguel, y Gonzalo Garcia. Los demás eran criados ó catequistas adictos á los religiosos de San Francisco, y sorprendidos en su compañía cuando pusieron guardias en sus casas.

Uno de éstos, que era el proveedor del convento, se llamaba Matias. Cuando llegó el caso de reunirlos llamólos por sus nombres un ministro de justicia, para ver si estaba completo su número, y como no se les custodiaba con mucho rigor, ocurrió no hallarse presente Matias. Gritando el portero con todas sus fuerzas: ¿Matias? ¿dónde está Matias? Acudió un cristiano que vivia cerca del convento, y le dijo: „aquí está Matias. Nada importa la persona por quien usted pregunta. Yo tengo el mismo nombre y la misma religion. Basta eso (respondió el portero): quédese usted con los demás.” Agregóse el generoso cristiano á los otros confesores, dándose el parabien de que por medio del nombre de Matias conseguia una suerte semejante á la de aquel santo Apóstol. Un muchacho de doce años, llamado Luis, habia sido preso con otros dos de alguna mas edad que servian para ayudar á misa en el convento de los religiosos de San Francisco. Compadeciéronse de sus pocos años los ministros de justicia, y se opusieron por algun tiempo á incluirle en la lista de los fieles destinados á morir; pero mostró tan gran pesadumbre y se quejó en tales términos, que fue preciso alistarle como

á los demás. Quiso algunos dias despues libertarle tambien un caballero pagano que se hallaba en el convento. „Guardad vuestra compasion para vos mismo (le dijo el niño), y pensad solo en merecer la gracia del bautismo, sin la cual no podeis menos de padecer una eternidad de desgracias.”

Estando juntos los veinticuatro presos lleváronlos á pie á una plaza de Meaco, para proceder á la ejecución de su sentencia. Ordenaba ésta que se les cortasen al punto las narices y las orejas; pero no pudo resolverse el gobernador á desfigurarlos de un modo tan bárbaro, contentóse con que á cada uno de ellos se le cortase la estremidad de la oreja izquierda. Pasáronlos despues de esto en unas carretas, segun la órden terminante del Emperador, y la costumbre de aquel país, donde por este medio se pretende inspirar más horror al delito. Y lo que sucede es que el populacho llena de injurias y oprobios á los delinquentes. Aquí, por el contrario, vióse un gentío inmenso, poseido de un triste silencio que solo se interrumpia con los suspiros y gemidos. Los tres muchachos en particular, con su tranquilidad, con su paz angelical, y con la sangre que les corria por las mejillas, escitaban la indignacion de los mismos idólatras, los cuales exclamaban de cuando en cuando: ¡O injusticia! ¡O indignidad! ¡O crueldad abominable! Algunos fieles iban corriendo detrás de los guardias, y les pedian por favor que les dejasen subir en las carretas. Cristianos y paganos, todos, sin exceptuar los guardias, á lo menos al principio, procuraban

facilitar á los confesores todos los alivios imaginables. Pero al fin se enfadaron los guardias con dos fieles que manifestaban un ardor extraordinario en este ministerio de caridad, y les preguntaron si adoraban tambien al Dios de los cristianos. „Sin duda alguna (les repondieron al momento), y aborrecemos á vuestros ídolos. Los guardias los agregaron por su propia autoridad á los veinticuatro confesores; y cuando Taicosama supo esta particularidad, exclamó: „Es necesario confesar, que es muy extraordinaria la constancia y la caridad de los cristianos.”

El paseo de los mártires no fue tanto una humillacion para ellos como un triunfo para el Evangelio y una larga mision, acompañada de innumerables conversiones. No cesaban de predicar á Jesucristo en todos los parages por donde pasaban. El padre Aguirre y el padre Miki, entre otros, hablaban con tanta unción, que los mismos ministros de la tirania decian que era imposible oírlos, sin tener algun deseo de abrazar su ley. Por otra parte se quejaban los honzos de que para abolir el cristianismo se valia el Emperador de unos medios que solo servian para propagarle, y decian que con pocos castigos como este habia bastante para arruinar la religion del imperio.

Al acercarse á Nangazaqui, fué á ver á los presos el oficial que estaba encargado de autorizar con su presencia el castigo, y habiendo reparado en Luisito, se sintió movido á compasion, y le ofreció libertarle, si consentia en renunciar á Jesucristo: á lo que

respondió Luis con demostraciones de indignacion. Creyó el pagano que sacaria mas fruto de otro muchacho llamado Antonio, porque le veia rodeado de sus padres, que aunque eran cristianos, se mostraban inconsolables al considerar que iban á perderle. Le hizo presente que debia conservarse para beneficio de ellos, que les hacia suma falta, y que él le proporcionaria medios para que les socorriese abundantemente. El valeroso niño se rió de estas promesas, y dijo que el amor de las riquezas le hacia tan poca impresion como el temor de los suplicios, y que miraba como la mayor felicidad que podia acontecerle, morir en una cruz por un Dios que habia muerto antes en ella por salvarle. Despues de esto el niño llamó á parte á su madre, y la hizo presente que no era propio de una madre cristiana llorar la muerte de un hijo mártir, como si no conociése el valor y el premio de semejante sacrificio: con cuyo motivo la dijo unas cosas tan bien pensadas y tan sublimes, que nos parecerian increíbles si no supiésemos que en aquellos climas se anticipa la razon á la edad, y la grandeza de alma á la razon. Se tendria tambien por una fábula lo que se refiere de otro niño aun mas pequeño, si se tratase de cualquiera otro país. Habiéndole preguntado qué responderia en caso de que quisiesen saber de su misma boca si era cristiano: „Diria intrépidamente que lo soy (replicó) y yo mismo iria á presentarme al verdugo.”

Los misioneros de la compañía de Jesus, y los demás que llegaron últimamente al Japón, no habian

seguido el mismo método en sus tareas evangélicas, ni observado siempre entre sí una armonía perfecta, lo que perjudicó considerablemente á los progresos del Evangelio, y mucho mas á la tranquilidad de la iglesia del Japón. En la víspera de su sacrificio, considerando los objetos el padre superior de los franciscanos de distinto modo que hasta entonces, dijo á dos jesuitas enviados por su provincial para asistir á los confesores en la hora de la muerte, que conocia por último que le habian preocupado inoportunamente, y les pidió perdon con mucha humildad en nombre suyo y en el de todos sus religiosos. Los jesuitas por su parte le suplicaron en nombre de su compañía que olvidase todos los disgustos que pudiera haber recibido de ella. Hecho esto, se confesaron todos los presos, religiosos y seglares, con cuanta compuncion y piedad podia inspirar la situacion en que se hallaban. Hubieran querido recibir tambien el sacramento de la Eucaristía; pero fue tan grande la agitacion que advirtió el presidente en los vecinos de Nangazaqui, que temió causar una sedicion si se detenía mas tiempo.

Se eligió á poca distancia de la ciudad una colina, que despues se llamó con justa razon *el monte santo*, y *el monte de los Mártires*. Nunca hubo en el universo un lugar regado tan copiosamente con la sangre mas pura de los cristianos. Fueron llevados á él los confesores el dia 5 de Febrero que en aquel año cayó en viernes: lo que aumentó su consuelo por el nuevo rasgo de semejanza que adquiria su sacrificio con el

del Hijo de Dios, sacrificado en igual día. Iban tan apresurados, que apenas se los podía alcanzar. Luego que descubrieron las cruces echaron á correr para abrazarse cada uno con la suya, mostrando un regocijo que acabó de asombrar á los paganos. Ya se consideraban en el término de sus trabajos, y se olvidaban del momento de dolor que los separaba del lugar de su triunfo. La muerte de cruz no es mas terrible en el Japón que los suplicios comunes. Se ata al paciente con vendas por los brazos, por los muslos y por el cuerpo; descansan los pies en una tabla que se pone en la parte inferior de la cruz, y en medio de ella se coloca un maderito en que está sentado. Levantada la cruz, hiere un verdugo al crucificado con una lanza que le entra por el costado, y le sale por la espalda. Algunas veces hay dos verdugos que le hieren transversalmente á un mismo tiempo, y si ven que todavía respira, segundan con celeridad el golpe para que no siga padeciendo.

Luego que empezaron á levantar las cruces, el padre Bautista que estaba colocado en el centro, entonó el cántico de Zacarías, y le continuaron los demás. Pablo Miki, que era elocuente, hizo una exhortacion que enterneció á los idólatras no menos que á los fieles, y la concluyó con una oracion aun mas patética por sus verdugos. Los muchachos que no cedían á sus maestros en firmeza ni en piedad, cantaron el salmo *Laudate pueri*; y estando para acabarle, recibió Antonio el golpe mortal, sin dar ningun indicio de haberle sentido. Desprendidos todos

los demás de los vínculos de la carne en pocos momentos, fueron á reunirse con los coros de los espíritus celestiales. El padre Bautista, como superior, fue el último á quien se dió muerte. Estaban tan compadecidos los espectadores, que por todas partes se oían gemidos y sollozos. Dicen que el caballero que autorizaba el suplicio no pudo presenciarle hasta el fin, y que en el instante en que vió que corria la sangre de los mártires, se retiró llenos sus ojos de lágrimas. Un apóstata que habia contribuido á su muerte, quedó tan penetrado de arrepentimiento, que viendo á un portugués en medio del concurso, fue corriendo adonde estaba, detestó en público su delito llorando amargamente, y trató con él de los medios oportunos para volver á ponerse en camino de salvacion.

Cuando hubieron espirado los mártires, no les fue posible á los guardias echar de allí á los concurrentes. Despues de haber conocido cuán inútiles y aun peligrosas eran las violencias á que recurrieron al principio, dejaron que recogiesen todos la sangre que habia caido de las cruces, que se llevasen la tierra empapada con ella, y que satisfaciesen de todos modos á su devocion. Cortó uno un dedo del pie al padre Bautista, y se asegura que salió de él sangre rubicunda, sin embargo de que habian pasado tres dias desde su crucifixion. Se refieren otras muchas señales y prodigios con que quiso manifestar el cielo que habia aceptado el sacrificio de sus víctimas, y se probaron algunos de ellos con tanta evidencia, que

treinta años despues mandó Urbano VIII que se les tributasen los honores propios de los santos Mártires.

21. Taicosama, que fue el primer Emperador del Japón que persiguió á los cristianos, no quitó la vida mas que al corto número de personas que acabamos de referir; y su sangre sirvió de fecundar para el cielo la tierra que se regaba con ella; pero aquel Príncipe abrió el camino á sus sucesores, y con un escándalo infinitamente mas perjudicial les transmitió las preocupaciones políticas, que erigidas despues en máximas del estado, esterminaron el cristianismo del Japón, al mismo tiempo que acabaron con todos los cristianos. Publicó otro edicto contra la Religion despues del suplicio egecutado en Nangazaqui, ordenando que saliesen del imperio todos los misioneros. Mas la enfermedad que le acometió poco despues causándole la muerte, produjo otro género de cuidados en el gobierno. Dejaba un solo hijo de tierna edad, bajo la tutela de un regente y de un consejo de regencia, que se indispusieron al punto con sus pretensiones encontradas. Prevaleció al fin el regente, y ya fuese por efecto de gratitud para con los Príncipes y caballeros cristianos que le habian servido en gran manera, ya porque estimase su Religion, ó ya por respetos políticos, permitió á los misioneros que entrasen otra vez en sus antiguos establecimientos. Respiraron á lo menos los fieles por algun tiempo, y aumentóse prodigiosamente su número durante esta calma pasagera.

22. Apenas fueron atormentados entonces sino en

el reino de Fingo, que desde las manos de uno de los Reyes mas cristianos del Japón, comprendido en la desgracia de los consejeros de la regencia, habia pasado á uno de los generales del regente ó tutor. Este nuevo Rey, idólatra furioso y poseido del espíritu de secta, desentendióse de que habia en sus cortos estados cien mil cristianos bien instruidos, y empeñóse en hacer abrazar el culto estravagante de los fatocos á todos los nobles de Jatuxito que era una de sus mejores ciudades. Ciego con su nueva grandeza, habia juzgado que ninguna resistencia encontraría. Pero al ver que se reían todos de su edicto, y no opinando útil comprometer demasiado su autoridad, limitó el decreto á dos hombres distinguidos, ya por no quedar del todo desairado, y ya tambien porque su ejemplo contribuía mucho á la firmeza de los demás.

23. Ninguna diligencia perdonaron para que Juan Minami y Simon Taquenda (nombres para siempre célebres) diesen alguna señal, aunque fuese equívoca, de su sumision á la orden del Rey. Cuando Minami supo que le habian condenado, fue á casa del gobernador encargado de la egecucion de la sentencia, quien para convencerle empleó cuanto supo sugerirle la tierna amistad que profesaba al confesor. Aunque le halló siempre igualmente firme, no dejó por eso de convidarle á comer. En la mesa se mantuvo Minami tan sereno como si se hubiera tratado de una visita regular. Al acabar de comer, mostróle el gobernador la sentencia de muerte firmada por el

Rey, á lo que contestó Minami que nada deseaba tanto como dar vida por vida á su Dios; y al punto le llevaron á un cuarto, donde fue decapitado á los treinta y cinco años de edad.

El gobernador, que profesaba amistad mas tierna á Taquenda, pasó á su casa para tratar de enternecer á un hombre á quien no esperaba amedrentar. Al verle se deshizo en lágrimas, y Taquenda no pudo contener las suyas, de suerte que estuvieron un rato sin poder pronunciar palabra. Presentándose entonces la madre de Taquenda: „ Señora (le dijo el gobernador), favoreced á un amigo desesperado al ver que la persona á quien mas ama se precipita ciegamente á su ruina. Son preciosos los momentos. Voy á dar cuenta al Rey de la última disposicion de un hijo que forma las delicias de su madre. Prométome del cariño que le profesais, y de la prudencia que os hace tan recomendable, que le dareis consejos eficaces. Nada mas puedo decir á mi hijo (replicó la madre generosa), sino que la corona eterna debe comprarse al precio mas subido. Pero si no obedece al Rey (repuso el gobernador), tendreis el sentimiento de ver que le cortan la cabeza. ¡Pluguiera el cielo (respondió la heroína) que mezclase yo mi sangre con la suya! ¡Ah! Señor, si podeis proporcionarme esta dicha, entonces publicaré que os debo el mayor beneficio que se puede recibir de la amistad. ” Llamó el gobernador á parte á su amigo, y le llevó á casa de otro pagano que le estimaba mucho, donde emplearon todos los medios imaginables contra su constancia,

aunque sin conseguir mayor efecto. Estrechando ya por último el cumplimiento de la orden superior, envió á Taquenda á su casa, é hizo que le acompañase un hombre encargado de la egecucion de la sentencia.

Retiróse el confesor por algunos instantes á tributar gracias á Dios y á vigorizarse con la oracion. Pasó despues al cuarto de su madre y al de su muger, para participarles su felicidad. Estas dos heroínas, sin inmutarse ni dar la menor señal de inquietud ó sobresalto, levantáronse con gran tranquilidad, y pusieronse á disponer lo necesario en tan terrible crisis. Cuando todo estuvo á punto, la muger de Taquenda se acercó con respeto á su marido, á quien miraba como á un santo mártir, postróse religiosamente á sus pies, y le rogó que le cortase el cabello, pues estaba en la firme resolucion de consagrar por lo menos su vida y su persona al Señor, si no tenia la felicidad de morir por él. Conmovióse sin duda Taquenda, ó quedó sorprendido al oír una proposicion tan súbita, y teniendo alguna dificultad, ó deliberando con alguna lentitud, hizole su valerosa madre una seña, y al momento satisfizo á su esposa. Llegó poco despues de esta tierna escena un caballero que habia tenido la debilidad de renunciar á Jesucristo. Vió un oratorio adornado, unas mugeres entregadas á la oracion, unos criados inconsolables, y á Taquenda sin verter una lágrima, preparándose á la muerte con la mayor serenidad, cual si fuese á salir triunfante. Corrió á abrazar al confesor, aplaudió su valor, se acusó de su cobardía

y ofreció no tardar en repararla. Arrobado Taquenda con este dulce consuelo que le enviaba Dios antes de morir, abrazó por última vez á su madre y á su esposa, ordenó á sus criados que se retirasen, ofreció á Dios su sacrificio arrodillado delante de un Crucifijo, y alargó la cabeza al verdugo, que la derribó al primer golpe. Tuvieron valor las dos damas, espectadoras tranquilas de esta terrible catástrofe, para levantar la cabeza del mártir, besarla con respeto, y teniéndola vuelta hácia el cielo rogáronle por la sangre pura que brotaba de ella que las concediese tambien la gracia de derramar la suya propia. Retiráronse despues á un gabinete apartado, donde pasaron lo restante del dia pidiendo á Dios la gracia del martirio.

Aun no se habia concluido la oracion, cuando llegó la esposa del primero de los mártires, Magdalena, viuda de Minami, con un sobrino de siete á ocho años, que habian adoptado ella y su marido, á participarles que las mugeres habian sido condenadas en ódio de sus maridos, y que todas tres debian ser crucificadas en aquella misma noche. No habian condenado hasta entonces al suplicio de la cruz á personas de su sexo. Esperaron para llevarlas á que anocheziese, y colocáronlas en unos palanquines; pero aquellas dignas siervas de Jesucristo se quejaron de que se las tratase con tanto miramiento. Suplicó la madre de Taquenda á los verdugos que la clavasen en la cruz. Pero no lo logró por mas instancias que emplease, porque estaban tan conmovidos, y se prestaban con tanta repugnancia á aquel género de suplicio, que

parecia ser otra su profesion. Aumentó los tormentos de la mártir el primer golpe dado con mano trémula, porque fue necesario volver á hierla para quitarla la vida. Estuvo espuesta á la misma prueba la constancia del niño, hijo adoptivo de Minami. La punta de la lanza no penetró bastante hondo para acabarle de un golpe; y hallándose enfrente de él su madre adoptiva, atada tambien á una cruz, estremeciósese al considerar el riesgo á que estaba espuesta la firmeza de un niño tan débil, y exhortóle á que invocase á Jesus y á María. Aunque el niño estaba tan tranquilo como si no le hubiesen tocado, obedeció á su madre, y al punto recibió otra lanzada que le dió la muerte. Apenas sacó el verdugo el hierro de la herida del hijo, clavóle en el seno de la madre.

Restaba solo la muger de Taquenda: sus juveniles años, su afabilidad, su candor y su virtud, á que daba nuevo realce su rara hermosura, enternecieron de tal suerte á los verdugos, que ninguno osó poner sus manos en ella. Y fue necesario que se atase por sí misma á la cruz, en cuanto le fue posible, hasta que el cebo de un vil salario incitó á algunos infelices á hacer el oficio de verdugos. Pero como carecian del infame talento de estas gentes, diéronla una infinidad de golpes, sufriendolos la mártir con gran tranquilidad, y pronunciando hasta el último aliento los nombres de Jesus y de María.

24. El Rey habia concebido la esperanza de sujetar á los cristianos á sus órdenes impías por medio del terror de aquellos suplicios, y no tardó mucho en